

CONALI INFORMA

La Penitencia Sacramento de la Misericordia

No hay duda que los siete sacramentos de la Iglesia, y en particular la Eucaristía, pueden ser llamados "sacramentos de la misericordia" que como nos enseñaron los Padres de la Iglesia, brotaron del costado abierto de Cristo. Es fácil, igualmente, que todos concordemos que de un modo especial esta designación le calza bien al "sacramento de la penitencia", como lo llama el ritual romano, o de la reconciliación, como también se le suele llamar después del Vaticano II y como lo llama el Papa Francisco en la bula *Misericordiae Vultus*, o de la confesión, como se le llamó antiguamente y lo siguen llamando todavía gran parte de los fieles cristianos. Todo esto para motivarnos a dar un tiempo de atención al cuarto sacramento del listado oficial, especialmente, en este año de la misericordia. Es lo que haremos en este "Conali Informa":

- (1) destacando lo que el Papa nos dice sobre este sacramento en la ya citada bula;
- (2) valorando los momentos que configuran el sacramento, y en particular, la confesión,
- (3) terminando con la presentación de una pauta de ayuda para la preparación y la vivencia de este sacramento, en línea con lo señalado en el segundo punto.

1. El sacramento de la Reconciliación, en el centro del año de la misericordia según el Papa Francisco

En la Bula de convocación al Año de la Misericordia el Papa Francisco va alternando motivaciones bíblicas, consideraciones teológicas, con alcances litúrgicos y sugerencias pastorales y metodológicas. Es precisamente, en el contexto de la Cuaresma, como *"momento fuerte para celebrar y experimentar la misericordia de Dios"*, que el Papa motiva la realización de una iniciativa que viene de su experiencia pastoral bonaerense: las *"24 horas para el Señor"* en la que se da amplio e intenso espacio al sacramento de la Penitencia. Es a propósito de esa propuesta pastoral que nuestro Papa, "párroco del mundo", valora como *"muchas personas están volviendo a acercarse al sacramento de la Reconciliación y entre ellas muchos jóvenes, quienes en una experiencia semejante suelen reencontrar el camino para volver al Señor, para vivir un momento de intensa oración y redescubrir el sentido de la propia vida. De nuevo ponemos convencidos en el centro el sacramento de la Reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia. Será para cada penitente fuente de verdadera paz interior."*

Después de esa reafirmación de la valoración del sacramento de la reconciliación, el Papa extiende su exhortación a un tema continuamente presente en su palabra pastoral. La necesidad que todos, y en particular los obispos y sacerdotes sean rostro de la misericordia del Padre. *Nunca me cansaré de insistir en que los confesores sean un verdadero signo de la misericordia del Padre.*

Pensando en los hermanos sacerdotes a quienes el Papa se dirige en estas palabras, como hermano en el sacerdocio, los invito a revisar nuestra misión, nuestro perfil de confesores a la luz de estas palabras densas de cariño paternal y de solicitud pastoral de nuestro Papa Francisco, que presentamos como los ítemes de ese perfil:

- *Ser confesores no se improvisa. Se llega a serlo cuando, ante todo, nos hacemos nosotros penitentes en busca de perdón.*
- *Nunca olvidemos que ser confesores significa participar de la misma misión de Jesús y ser signo concreto de la continuidad de un amor divino que perdona y que salva.*
- *Cada uno de nosotros ha recibido el don del Espíritu Santo para el perdón de los pecados, de esto somos responsables.*
- *Ninguno de nosotros es dueño del Sacramento, sino fiel servidor del perdón de Dios.*
- *Cada confesor deberá acoger a los fieles como el padre en la parábola del hijo pródigo: un padre que corre al encuentro del hijo no obstante hubiese dilapidado sus bienes.*
- *Los confesores están llamados a abrazar ese hijo arrepentido que vuelve*

a casa y a manifestar la alegría por haberlo encontrado.

- *No se cansarán de salir al encuentro también del otro hijo que se quedó afuera, incapaz de alegrarse, para explicarle que su juicio severo es injusto y no tiene ningún sentido delante de la misericordia del Padre que no conoce confines.*
- *No harán preguntas impertinentes, sino como el padre de la parábola interrumpirán el discurso preparado por el hijo pródigo, porque serán capaces de percibir en el corazón de cada penitente la invocación de ayuda y la súplica de perdón.*
- *En fin, los confesores están llamados a ser siempre, en todas partes, en cada situación y a pesar de todo, el signo del primado de la misericordia.*

2. La “confesión” momento delicado del sacramento de la penitencia o reconciliación

El sacramento de la reconciliación prolonga los encuentros de Jesús con los hombres y mujeres necesitados de salvación que se acercan a él o son buscados por él, como el pastor a la oveja perdida. Por eso, en este sacramento es fundamental asegurar su estructura y estilo de encuentro: encuentro del hijo arrepentido, que se reconoce y confiesa pecador y se propone cambiar su forma y el Padre que lo acoge, lo anima en su proceso de arrepentimiento y conversión, y lo perdona y absuelve de todo lo que lo alejó de la casa paterna, para terminar con alegría promoviendo una gran fiesta en la tierra, en el corazón del pecador y en la Iglesia, y en el cielo, donde “hay más fiesta por un pecador que se convierte que por 99 justos que no tienen necesidad de conversión” (Lc 15,7).

El sacerdote confesor, siguiendo las indicaciones del Papa Francisco recién recordadas, es fundamental para lograr ese clima de encuentro y reconciliación gozosa. En particular, el sacerdote puede liberar el momento de la “confesión” del pesado lastre de rutina e insignificancia, de vergüenza y malestar con que el penitente suele vivir ese momento. Personalmente, para mi ejercicio de penitente y de confesor, me ayudó mucho encontrarme con las enseñanzas que al respecto nos ha regalado el Card. Carlo Martini, a partir de su experiencia en muchos retiros que se convirtieron, luego, en jugosos libros de espiritualidad al alcance de muchos y que, están disponibles, también, en el sabio “google”(Card. Martini: *confessio laudis, confessio vitae, confessio fidei*. “Ritrovare se stessi”).

Me permito espigar algunas de sus ricas sugerencias pastorales para este momento y, sobre todo, la presentación de la “confesión” en los tres niveles de “*confessio laudis*”, “*confessio vitae*”, *confessio fidei*.

La confesión, nos dice el Card. Martini, es un encuentro gozoso con Dios, es repetir la exclamación del discípulo amado en el Lago, al divisar en las sombras al Señor. “Es el señor y todo cambia. Es el Señor y todo se ilumina. Es el Señor y todo de nuevo tiene sentido en la vida y cada trozo de la existencia re-encuentra su sentido”. Todo invita a vivir este momento con serenidad y gozo, en el que la penitencia, la purificación, la expiación se convierten en la apertura a una relación que se desarrolla en tres instancias, en tres “confesiones”. Es bueno recordar, al respecto, que la palabra “*confessio*” no significa sólo “confesarse” sino, también, proclamar, y reconocer.

La confesión de la alabanza. Después de los pasos iniciales, de acuerdo a la costumbre local, se invita al penitente a una primera confesión: a confesar lo

bueno que ha sido el Padre Dios con él. Esto puede descolocar por un momento al penitente pero, por lo general, entra rápidamente en la dinámica de reconocer los regalos de Dios en su vida. Es bueno motivar al reconocimiento, no tanto de generalidades, sino de regalos concretos y del último tiempo antes de la confesión.

Centrados más en lo que hacemos nosotros y lo demás, fácilmente quedamos marcados por lo negativo. Al centrarnos en Dios, emerge su amor y su bondad con nosotros manifestada en multitud de dones. Esto abre nuestro corazón a la positividad y a la relación personal con un Dios que nos ama. Ante ese Dios, Bueno y no Castigador, puedo decirle: “Te agradezco porque en este último tiempo me has reconciliado con una persona significativa para mí; te agradezco porque me has dado salud, porque me has iluminado en esa decisión valiosa, porque me has ayudado a valorar la oración en mi vida... Lo fundamental es reconocer que Dios ha sido bueno con nosotros... y por eso, nuestra confesión, primeramente es una alabanza a su bondad.

La confesión de la vida. Después de reconocer la bondad de Dios con nosotros, sale connatural reconocer que no hemos sido tan buenos con nuestro Dios y Padre. Es lo que el Card. Martini motiva a señalar con esta pregunta fundamental: “Desde la última confesión, ¿qué cosa en mi vida quisiera no haber hecho, qué tengo atravesado, qué me pesa? Por ese camino podemos encontrarnos no sólo con nuestros pecados formales sino, sobre todo, a la raíz de eso que quisiera que no existiera en mí. “Señor siento en mí antipatías invencibles, que me tienen descontento, que me llevan a hablar mal de los otros, a descalificar, a despreciar a mis hermanos... Necesito que sanes mi corazón, que cambies mi corazón de piedra en un corazón de carne. Señor siento en mí tentaciones que me arrastran hacia lo peor...necesito que me for-

talezcas para resistir a estas tentaciones....”.

Si en la “confesión de la vida” logramos encontrarnos con nuestra interioridad podremos reconocernos en nuestra realidad, como un volcán de emociones y de sentimientos, realidades algunas muy buenas y otras que son un nudo de resentimientos, amarguras, tensiones, gustos morbosos, que nos ponen delante de Dios diciéndole, como Pablo “Ay de mí ¿quién podrá librarme de este cuerpo que me lleva a la muerte? Gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor” (rom 7, 24-25). Si mi Dios, “soy pecador, Tú sólo me puedes salvar, Tú sólo puedes liberarme de mis pecados”.

La confesión de la fe. Sabemos lo poco que sirve nuestro esfuerzo y nuestros propósitos de enmendar nuestra vida. Por eso necesitamos, al terminar, activar nuestra fe en la fuerza sanadora y purificadora del Espíritu, en la misericordia infinita de Dios. Por eso, la confesión de la fe nos lleva a decir: “Señor, sé que soy frágil, débil, expuesto a recaer continuamente en lo mismo, pero Tú, con tu misericordia puedes curar mi fragilidad, custodiar mi debilidad y mostrarme el camino por el que Tú me invitas a avanzar paso a paso, haciendo tu voluntad y reparando el mal hecho a mis hermanos y el sufrimiento infringido a tu corazón de Padre.

Una confesión concebida así, no nos aburre porque es siempre diversa; vamos descubriendo nuevas raíces negativas en nuestro ser: deseos ambiguos, intenciones equivocadas, ambigüedades... A la luz de la potencia pascual de Cristo escuchamos su voz: “Te son perdonados tus pecados...anda en paz... en la paz del Espíritu” que guiará la renovación de tu vida con pasos nuevos que te irá sugiriendo y que serán la mejor penitencia o satisfacción.

3. Un sencillo texto de apoyo para una buena confesión

Buscando ayudar a los penitentes en su preparación al sacramento de la Penitencia o Reconciliación corren en nuestra Iglesia muchos subsidios de muy diversos valores. Colaborando como sacerdote confesor en la intensa actividad penitencial de Lo Vásquez, en torno al 8 de Diciembre, encontré una hermosa pauta. Va aquí con retoques en alguna formulación y sobre todo, aportándole el dinamismo de la triple confesión del Card. Martini que hemos presentado.

Con Jesús preparo mi reconciliación con el Padre Dios

Con humildad y sencillez recorro estas preguntas

La reconciliación comporta una triple confesión: la confesión de la alabanza, la confesión de la vida, la confesión de la fe o la confianza.

1. CONFESIÓN DE LA ALABANZA. Valoro lo que Dios en su bondad ha hecho por mí:

- ¿Qué regalos me ha dado Jesús y que necesito agradecer?
- ¿Qué alegrías han iluminado mis días en este último tiempo?
- ¿Qué talentos y qué tareas me ha confiado el Padre Dios?
- ¿Qué dificultades me ha ayudado a superar?

Una buena confesión empieza siempre como una “**Confesión de Alabanza**”, testimoniando los dones que Dios me ha dado desde la última celebración de la reconciliación.

2. CONFESIÓN DE LA VIDA. Reviso mi vida en relación conmigo mismo, con mis hermanos y con Dios.

a) En relación conmigo mismo:

- ¿Digo siempre la verdad o miento, o peor, calumnio? Jesús dice: "la verdad nos hará libres".
- ¿Soy responsable de mi cuerpo (salud, alimentación) de mi sexualidad y de mi afectividad?
- ¿Me respeto como persona, no tomando alcohol en exceso ni tomando indebidamente drogas?
- ¿Me dejo llevar, a menudo, por el mal genio y el pesimismo? ¿Me hago responsable de mi carácter inestable y de actitudes que hacen daño a mi familia y prójimos?
- ¿Me dejo llevar por la codicia de riquezas o de poder? ¿He robado?
- ¿Soy perfeccionista o sobre exigente, incapaz de perdonarme a mí mismo?

b) En relación a los hermanos:

- ¿Me acerco a quien me necesita (enfermos, ancianos, pobres)?
- ¿Comparto con los necesitados? ¿Pongo mis cualidades al servicio de los demás y de la Iglesia, realizando las obras de misericordia?
- ¿Perdono a quien me ha ofendido o guardo rencor en mi corazón?
- ¿Respeto y soy atento con mis padres, especialmente si son ancianos?
- ¿Dedico tiempo a mis hijos para escucharlos, aconsejarlos y compartir con ellos?

- ¿He sabido respetar la vida de los hijos que están por nacer?
- ¿He ofendido o dañado a otros con palabras, actitudes y acciones?
- ¿He sido fiel en mi pololeo y en mi matrimonio, con responsabilidad, respeto y delicadeza?
- ¿He abusado aprovechándome de la debilidad o necesidad del otro?

c) En relación con el Señor:

- ¿Qué espacio le doy a Dios en mi vida? ¿acostumbro rezar a mi Dios cada día para agradecerle, pedirle perdón y solicitar su ayuda?
- ¿Confío en Dios o me he rebelado o dudado de Él?
- ¿Alguna vez me he avergonzado de mostrarme como cristiano y católico?
- ¿Leo, medito y oro la Palabra de Dios para escucharlo a Él?
- ¿Participo en la Eucaristía (Misa) dominical?
- ¿He participado en sesiones de espiritismo y en brujerías? ¿Me he visto la suerte? ¿He creído en supersticiones?

Después de confesar lo bueno que ha sido Dios conmigo, sigo con la **confesión de la vida**, reconociendo y confesando mis pecados ante Dios a través de la mediación del sacerdote.

3. CONFESIÓN DE LA FE O LA CONFIANZA. Me abro al camino por el que Dios me quiere seguir llevando hacia Él por Cristo y en el Espíritu.

Me puede servir esta oración de base, que completaré con lo más mío:

Señor, sé que soy frágil y que por eso poco valen mis buenos propósitos, pero confío:

- *en tu amor de Buen Pastor...*
- *en el camino que me invitas a recorrer para crecer como tu hijo...*
- *en tu mano que me sostendrá sin cansarse...*
- *en la fuerza de tu Espíritu que me dará amor, alegría, paz y perseverancia....*

P. José Lino Yáñez, sdb
Abril de 2016